

*Eugenia Meyer*

Agradezco la invitación para acompañarlos en esta casa, que sigo sintiendo cercana, como la realidad tangible de lo que por mucho tiempo fue un sueño particular, oculto y tímido, para luego, tras muchos avatares y desvelos —que no pesadillas— convertirse en el espacio que compartimos hoy día. Una realidad que debe mucho al esfuerzo comprometido de mis compañeros y alumnos, y a la audacia que significó en su momento el reto de construir, en apenas unos meses, el ámbito para preservar la memoria histórica de la gesta de 1910.

Me parece justo iniciar esta plática, que no conferencia magistral —cuya simple mención me aterra— haciendo una confesión pública. Cuando acepté la invitación a participar, lo hice un poco entusiasmada por los quereres que perduran. Celebrar el sexto aniversario del Museo era toda una experiencia en la que quería estar presente. Sin embargo, no me puse a meditar las consecuencias y alcances del compromiso y menos aún el conflicto que me generaría buscar una temática sobre la cual hablarles en esta ocasión.

Tanto en la vida diaria como en la práctica docente, escucho con frecuencia la frase trillada y quizá agotada de: “qué no se ha dicho ya de la Revolución Mexicana”. Sin embargo, había que idear o imaginar algo que me permitiera estar aquí y participar activamente. Como podrán imaginarse, luego del primer momento de sorpresa y preocupación, no me dejé amilanar y, decidida a escribir una larga y muy sesuda disertación sobre la Revo-

lución Mexicana, llegué frente a la computadora y ahí empezó el desfile de fantasmas que se convirtió luego en tormento temporal. Por largo rato estuve mirando el teclado, luego la pantalla, luego los muros, luego los libros y nada me animaba a empezar a mover los dedos, que no el pensamiento, a fin de pergeñar el texto que debía leer hoy.

Luego de varias horas en blanco, pude desentrañar las dudas y entender que el problema no era por falta de imaginación o de ingenio, sino resultado de una situación mucho más compleja. De lo que se trataba era de buscar formas nuevas, expresiones diferentes para narrar aquí, o al menos poder compartir con ustedes una serie de reflexiones a las que he llegado, sobre lo que la Revolución fue, o bien lo que ha significado en el contexto de nuestra historia.

Estaba consciente de que algunos de mis colegas ya habían debatido sesudamente sobre la cuestión en sendas mesas redondas que se llevaron a cabo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia,



con lo cual volvemos a comprobar que el tema, por razones ocultas y diversas no pasa de moda y siempre surge o reaparece, sea a partir del diálogo, en el discurso oficial o en los rincones del café o del aula.

Aunado a ello no dejo de reconocer la vocación nata que los mexicanos tenemos para asumimos como historiadores espontáneos, en todo momento y ante cualquier situación. Todos sabemos, opinamos, criticamos y corregimos la historia. Día con día nos encontramos cronistas, historieteros e historiadores de última hora que tienen mucho que decirnos. Me atrevo a definir la historia como pasatiempo nacional, lo cual es realmente positivo si se toma en cuenta la importancia que en el desarrollo de un pueblo tiene la cultura ciudadana y su participación voluntaria. Sin embargo, ello complica la tarea profesional del historiador, siempre sujeto a las críticas y a la expectativa de quienes esperan pescarnos en errores o gazapos.

No obstante, la hora de la verdad se acercaba, y yo no podía llegar con mis tarjetitas de clase y lanzar el viejo y repetido "rollo" sobre los condicionantes económico, político-sociales imperantes entre 1910 a 1917, o 1921, o 1940 o finalmente 1992. Tampoco me podía poner aquí a caracterizar o categorizar el proceso revolucionario y mucho menos a proponer una nueva periodización. Me prometí, muy en la intimidad y casi como pacto secreto, no ver uno solo de mis textos, apuntes, artículos, discursos, conferencias, etcétera, para tratar así de no copiarme a mí misma y, por ende, caer en la obviada. No en balde siempre tengo presente la arenga sustantiva de mi maestro don Edmundo O'Gorman sobre el hecho de que la historia es y debe ser un acto de pasión y de imaginación. Bien decía con audacia que lo que no se sabe, no se encuentra o no se comprueba, se inventa.

Comprendí finalmente que debía hacer una especie de balance sobre lo que fue, o bien lo que pretendió ser la Revolución, y los complejos caminos por los que la historiografía particular ha transitado. Todo historiador se compromete a hurgar en el pasado, consultar archivos y cuanto testimonio oral o escrito encuentre sobre el tema de su interés. Todo historiador debe en consecuencia, reconocer los estudios que le precedieron, o bien los hallazgos que otros encontraron, con lo cual se logra una acción de humildad y modestia, no muy frecuente en nuestro medio.

Bien, reconozco que la historiografía de la Revolución empezó por ser múltiple y desbordada, quizá como la misma movilización popular. Hubo de todo: desde las memorias que supuestamente los protagonistas escribieron día con día, kilómetro a kilómetro en el vértigo de la Revolución; pasando por las contradicciones apasionadas de quienes sí escribirían la "absoluta y total verdad", hasta el trabajo más reflexivo de lo que hoy damos en llamar

"intelectuales orgánicos", al servicio de una fracción o la otra, para decantar luego en una historia apologética que reinvidica o desfigura. Tuvo el quehacer ires y venires, coqueteos entre la pluma improvisada o las largas diatribas de los leguleyos quienes *por motu proprio* o al servicio de quien lo requiriese se abocaron a las loas de los héroes, los caudillos y caciques, para luego derivar en complejas disquisiciones sobre si la Revolución era eterna, permanente. En los sesenta, los científicos sociales decidieron etiquetarla a partir de su formación teórico-dogmática y, sin consultar fuente primaria alguna, dictaminaron que la Revolución estaba congelada, había sido asesinada, traicionada, reciclada, resucitada, postergada, o bien concluir veinte años después, con la sentencia que ya había hecho don Jesús Silva Herzog, quien, sin empacho ni resquemores, espetó, casi a boca de jarro, que la Revolución Mexicana era ya un hecho histórico.

Ciertamente el viejo maestro tenía razón ya en los cuarenta cuando fue tildado de sepulturero de la Revolución. Su valerosa decla-





ratoria le acarreó algunos problemas y, sin embargo, el tiempo habría de darle la razón, frente al empeinado propósito oficial de mantenerla viva por esa extraña y compleja expresión de "la razón de Estado" y para efectos de una justificación política o, bien, como sustento de una fundamentación ideológica que al parecer terminó por agotar su savia.

Parecería entonces que el reencuentro con la historia estaba distante. Sin embargo, y a riesgo de ser adjetivada como "reversionista", que es una de las peores cosas que pueden ocurrirnos a los historiadores, creo que lo que realmente se necesita es revisar, reflexionar, replantearnos el todo que fue la Revolución, asumiendo que éste tiene múltiples partes y matices y, por ende, no podemos ya hablar de una

revolución, sino de una serie de revoluciones e involuciones que se dieron durante la segunda década del presente siglo. No es, sin embargo, ésta una acción que pretende hacer tabla rasa con el pasado, sino simplemente volver a pensar, al filo de la nueva centuria lo que sucedió, en un contexto más depurado, quizá también menos atribulado que no menos subjetivo o parcial.

Ya en los veinte, un norteamericano, agudo observador de la realidad nacional, Ernest Gruening, comprendió que el movimiento revolucionario era parte de la historia nacional y en un arranque francamente insólito decidió integrarlo a la herencia toda del historiar de nuestro pueblo. Era ya hora de reconocer que los procesos históricos no pueden estar delimitados por fechas exactas de arranque y término. Que los gestos ingenuos, como lo fue la convocatoria de Francisco I. Madero para iniciar la lucha revolucionaria a las seis de la tarde del 20 de noviembre de 1910, tenía matices de profundo romanticismo que no de realismo.

Para que la desesperación popular se expresara como lo hizo, para que los campesinos despojados y desarraigados del norte, del sur, del sur-centro se lanzaran a la larga y conmovedora hazaña de hacer una revolución, tuvieron que suceder una serie de hechos que dan cuenta de los bordes y extremos a los que llegaron las condiciones de desigualdad social en el México de los mil novecientos.

Sin duda hay que reconocer antecedentes y razones de peso que determinaron la erupción violenta. Condiciones que, a qué negar, se venían arrastrando por lo menos desde tres décadas atrás. Así, nos encontramos con que la orfandad del proceso no existió jamás, que no fue un acto aislado y espontáneo y, en consecuencia, se le pudo dar nombre y seña. Fue entonces y sólo entonces cuando la Revolución Mexicana se imbricó de manera absoluta e inseparable a nuestro devenir como nación.

El carácter popular, campesino y nacionalista del movimiento, su énfasis social, definieron y determinaron el destino del México del siglo XX. Sin embargo sus tiempos y sus glorias son parte de la historia, que nos enorgullece y nos dignifica sí, pero que no podemos asumir como presente y actual. Por ello, insisto en reconocer que Silva Herzog tenía razón entonces, como ahora: la Revolución es un hecho histórico.

La Revolución Mexicana fue la primera del siglo XX y, hoy día podemos agregar, la única cuya herencia pervive en el actuar nacional. Previa a la rusa y a la china, la nuestra fue la conmovedora demanda de un pueblo que se rebeló a la serie de condiciones imperantes y que



buscó, a sangre y fuego, cambiar su destino. Los años y la oscilante situación mundial la llevarían en los sesenta, frente a la opción cubana, a ser considerada por los estudiosos de los Estados Unidos como la revolución preferida. Hoy día con el fin de una era en la Europa Oriental y el peligroso resurgimiento de las nacionalidades en aquella parte del mundo, nuestra revolución vuelve a interesar a propios y extraños.

Fue un proceso largamente madurado, consecuente con el siglo que le precedió por cuanto a la necesidad de conformar el Estado nacional, a la vez que definir nuestra forma de vida. El largo bregar decimonónico, la serie de aventuras, tropiezos y experimentos por encontrar la forma y la fórmula del buen gobierno y por lograr dentro del orden constitucional el desarrollo democrático y equilibrado.

No podemos soslayar los problemas que en el siglo pasado acarrearón las innumerables ocupaciones, invasiones, mutilaciones e intervenciones armadas, mismas que obligaron a los mexicanos a definirse con claridad y a desarrollar un esquema mucho más claro y preciso de la soberanía y del hacer y el quehacer nacional frente a los peligros y amenazas exteriores.

No podemos menos de reconocernos en la lucha libertaria de Hidalgo, o en los *Sentimientos de la Nación* de Morelos, o en la decisión y la dignidad incommovible de Juárez como antecedentes de una aún pendiente justicia social. La herencia existe, fortalece y consolida nuestras raíces. Para efectos de la Revolución, son antecedentes sustantivos que tejen apretados lazos de unión.

La lucha revolucionaria fue, por sobre todo, una ruptura con las formas del pasado. Ciertamente no fue homogénea, simultánea y mucho menos nacional. No podía serlo en un diverso, vasto e in-

comunicado territorio. Poco tenía en común el campesino aparcerero de Morelos con el rancharo de Sonora; o bien el peón acasillado del Bajío con el trabajador agrícola del norte, a veces desarraigado, otras desempleado, que había estado mutante en la frontera haciendo de todo. Y qué decir de los indígenas a los que pretende reivindicar ya en 1906 el Programa y Plan del Partido Liberal o incluso antes, vistas hoy como antecedente fundamental, las denuncias siempre rebatidas o vanamente acalladas de John Kenneth Turner, quien al describir el México bárbaro de Yucatán y Oaxaca sólo sacaba a la luz una realidad vergonzante y ponía el dedo sobre la llaga.

La Revolución se hizo a pie, a caballo y en ferrocarril. Si de alguna manera hubiera que describir el proceso, sería como el de la vía del tren cuyos durmientes le dan el compás y el ritmo, pero a la vez nos presenta siempre vías que corren paralelas y no se encuentran jamás. Parece que eso sucedió entre el proyecto político democrático de Madero y Carranza, frente a las demandas sociales de los Villas y Zapatas que brotaron por casi todo el territorio nacional. Unos y otros, los hacendados, los pequeños propietarios, los campesinos desarraigados, caminaron un largo trecho juntos, pero no unidos. Sus expectativas fueron siempre diferentes, quizás irreconciliables. De eso da cuenta la historia popular, la historia más genuina y menos sofisticada.

Qué otra cosa podía suceder a ese México bárbaro, que el México bronco de la Revolución. En efecto, la nuestra fue primero una expresión política que reclamaba la democracia para luego dar paso, y sin proponérselo, a una gran, conmovedora, apasionante y singular contienda popular, que reunió a los verdaderos ejércitos del pueblo para encontrarse en una experiencia sin precedente, en Aguascalientes, durante la Soberana Convención Revolucionaria, donde se ejercitó y se practicó un parlamentarismo sin límite, sin escuela, sin reglas ni fórmulas, pero claramente democrático, con lo cual se sentaron las bases para convertir las demandas del pueblo en formas constitucionales y legitimar consecuentemente las razones ancestrales y sus derechos irrefutables a la libertad y a la justicia

social. Sigo creyendo que fue entonces cuando se escribieron las mejores páginas de la lucha reivindicadora de nuestro pueblo.

Hacer un balance de lo que fue la Revolución, los alcances que tuvo y si éstos en el presente tienen vigencia, parece un ejercicio inútil. La situación de 1910 no es la de los últimos años del siglo que estamos viviendo. Entonces había quince millones de habitantes, de los cuales un 87 por ciento eran analfabetas y en buena medida monolingües. El país que surge de la Revolución y que se transforma en el que nosotros vivimos, con sus más de ochenta millones de habitantes, en una época en la que el avance arrollador de las comunicaciones y de la información nos rebasa, poco tiene en común con aquel México agrario y rural.

El desarrollo de las grandes ciudades, los cambios económicos de la sociedad y la transformación inherente al entorno internacional obligan a mirar el pasado con mayor cuidado y menos desdén; quizás también a sacudirnos de un peligroso pesimismo que pueda paralizarnos.

Sí, la Revolución define y determina el arranque del México del siglo XX, pero no puede delimitar el futuro de la Nación. La experiencia pasada es un legado común. Nos reconocemos en ello, pero no nos estancamos pensando en lo que debió ser y no fue. Quizá hemos pedido demasiado a nuestra Revolución, y aunque queriendo no hubiera podido satisfacer tantas demandas.

Los sentidos de identidad y pertenencia son irrefutables, como también la necesidad de mirar, conocer y evaluar el pasado para poder proponer los cambios. Un mundo dinámico cambiante, que obliga a mirar el pasado a partir del presente.

Hace unos años Octavio Paz describía magistralmente la Revolución, diciendo que fue el momento en que los mexicanos nos atrevimos a ser. Ese atrevimiento le dio al proceso nacional características singulares que marcan el camino por andar. Por ello la lucha de 1910 fue tan propia, tan nuestra. Por ello el sentido nacionalista de la misma definió y determinó su impacto en otros países hermanos de América Latina. Desde Haya de la Torre y Sandino, hasta los cubanos de la Revolución de 1958-59 todos vieron en la nuestra, la gran etapa libertadora.

Por ello también, tanto Estados Unidos como los países europeos más ricos y desarrollados, estuvieron presentes a lo largo de la década revolucionaria. Alemania, Francia, Inglaterra no podían mostrarse ajenos a lo que sucedía, tanto por sus intereses que parecían estar en peligro como por su espera vigilante frente al proyecto acaparador de los norteamericanos. Estos últimos fueron juez y parte de lo que nos sucedía. De hecho lo han sido siempre. No en balde la larga y tortuosa frontera que nos une y nos diferencia; no en balde una compleja historia de desencuentros que con la Revolución parecieron agudizarse.

Cabe quizá sólo mencionar de paso que fue nuestro movimiento revolucionario un proceso del norte al centro y que en buena medida los planes y las acciones se fraguaron precisamente en el territorio de nuestros vecinos anglosajones. Desde ahí se financió y se abastece la Revolución. Ello explica que los grandes ejércitos, bien armados, bien uniformados pudieron marchar de arriba hacia abajo del territorio nacional. Sin duda no como consecuencia de la benevolencia o el espíritu altruista de los gobiernos y del pueblo estadounidense, que sí de sus ambiciones, su tan traído y llevado "destino manifiesto" claramente expresado en su política intervencionista.

En su territorio, Ricardo Flores Magón definió su profunda vocación revolucionaria y allá lejos vivió la tortura de no poder estar en la acción y en la lucha. En San Antonio, Texas, promulgó Francisco I. Madero su llamado a la lucha armada. Fue ahí donde Villa, valiéndose de los productos y de los recursos provenientes de los bienes intervenidos, pudo comprar armas y demás pertrechos para lanzarse a la formidable empresa que constituyó a fin de cuentas la larga marcha de la División del Norte, ejército definitivo en la victoria frente al viejo orden.

Y finalmente no olvidemos que, durante el proceso de intensa lucha civil, tuvimos que defendernos también de varias intervenciones norteamericanas, con diferentes pretextos y excusas. Todo ello nos fue obligando a fraguar, a partir de los hechos y las heridas, una clara política de no intervención y respeto a la soberanía de los pueblos.



Quizá deba advertir ahora que las nuevas generaciones de historiadores pueden interpretar el proceso revolucionario de múltiples y variadas formas. Ello se debe a una rebeldía consecuente con la generación dogmatizada primero y luego frustrada por las teorías de los años setenta y ochenta. Eran marxistas trotskistas, gramscianos, maoístas y en fin, tantos ismos como posibilidades de ajustar cuentas existieron. Buena parte de los estudios, los análisis y las interpretaciones de este periodo dan cuenta de una necesidad irrestricta por etiquetar y encasillar a la Revolución en los marcos teóricos y los aparatos críticos. Irónicamente, la Revolución era la manzana de la discordia en medio de una real pobreza teórica propia, aunada a la miseria de fuentes y del trabajo propiamente heurístico y hermenéutico, al que está obligado todo historiador.

Asimismo no podemos soslayar los entuertos de la especialización. Nos dio por hacer historia social, historia económica, historia cuantitativa, historia de las mentalidades, en fin, de todos los tipos y sabores imaginables. Así, por ejemplo, disfrazamos la historia política de biografías de los poderosos, le dimos un tinte televisivo a los revolucionarios y las adelitas y simplificamos el conflicto en avatares amorosos. Si embargo, casi sin darnos cuenta nos alejamos de lo esencial: la historia total, que no globalizadora o avasallante.

Creo percibir una nueva inquietud, la que marcha hacia una nueva historia, me atrevo a sugerir casi un proyecto reivindicatorio. Persiste la añoranza y la melancolía. Siguen arrojando las figuras de Zapata y Villa, la de los campesinos en armas, de los artesanos y los obreros en

pie de lucha. Parece que ya casi nadie se preocupa por ponerle apellido a la revolución, de si es democrático-burguesa, pequeño burguesa, popular, antiimperialista, bonapartista, en fin...

La plástica de la Revolución nos conmueve: en los murales, en la gráfica, en el cine, los corridos, en el rescate de los ya escasos testimonios orales, en fin, en tantas y tantas huellas que son indelebles y hoy, tras los vientos de otros lados, y las tormentas internas, en la tranquilidad se puede pensar una nueva historia.

En el presente se ha hecho la luz, al asumir la importancia y el compromiso de estudiar la Revolución, en sus múltiples y diferentes expresiones regionales. Quizá como una rebeldía a la globalización o la generalización oficial que institucionaliza, han empezado a surgir estudios serios y comprometidos con las historias pequeñas, con las historias de las partes, que constituyen el todo.

Así podemos saber hoy día las características que definieron el proceso revolucionario en Guerrero, Veracruz o Yucatán, tan diferente del de Chihuahua o Morelos; o bien por qué Chiapas experimentó movimientos contracorriente a lo que sucedía en todo el país que bien pueden definirse como contrarrevolucionarios.

Estamos ya en posibilidades de analizar procesos particulares que generaron cambios sociales como los sugeridos por Alvarado o Carrillo Puerto. O bien interpretar con cuidado y atención los frutos y resultados del caudillaje revolucionario, trastocado en caciquismo regional como fue el de Cedillo en San Luis Potosí, Garrido Canabal en Tabasco o el de los Figueroa en Guerrero.

Todo ello forma parte de esa historia que asume características simultáneas de centenaria y novedosa. Esa es la función y el quehacer del historiador: pensar y repensar lo sucedido, analizar, remover y seguir buscando permanecer insatisfecho con los resultados. Replantearse, reescribir, reinterpretar el pasado.

Con vehemencia hago un llamado a su paciencia, para hablar de los tiempos idos, de historias pasadas.

En el verano de 1988 recibí una inusitada invitación por parte del gobierno del Distrito Federal para elaborar un guión y desarrollar un proyecto que decantara en la creación del



Museo Nacional de la Revolución. El reto era tentador, el desafío ciertamente complejo. Había que reconstruir unos sótanos inundados, levantar lo que llamaban jardines deprimidos que no depresivos, habilitar el espacio de lo que en épocas del porfirato se plantó como sede del Congreso Federal. Luego, quitado el cochambre y las telarañas, con mucha pasión e imaginación idear un museo que, por tantos años, varias generaciones de arquitectos y de historiadores habían reclamado. Sin pensarlo demasiado dije que sí (aquí están algunos colegas que dicen que yo no sé decir no...).

Nos abocamos a una tarea fascinante: buscar la síntesis, el justo medio. En un espacio tan pequeño y complejo mostrar a los mexicanos lo que fue la Revolución. Lograr una independencia de criterio, pese a las presiones que podían llegar, pese a las cuestiones partidistas o institucionales. Sin duda había todo tipo de problemas ideológicos, prácticos, económicos, pero sobre todo de tiempo. Había también resquemores y resentimientos y la esperanza por parte de muchos de que con seguridad nuestra aventura terminaría en un rotundo y absoluto fracaso.

Creo justo reconocer que la actitud de las autoridades del Distrito Federal fue absoluta y totalmente respetuosa con los historiadores que investigamos, escribimos y dimos vida a este museo.

De lo que se trataba era de ofrecer a los protagonistas de la historia una especie de resumen de sus vidas, a la vez que integrar en un todo ese proceso tan complejo que fue la gesta revolucionaria, múltiple y plural.

Estábamos ciertos de que no queríamos apoyar una historia oficialista ni oficiosa. Tampoco queríamos poner nuestro grano de arena al culto de los bronce y mausoleos. Sabíamos lo difícil que era recurrir al panteón de los héroes, sin agredirlos, sin lastimarlos e intentar reconstruir un proceso. Peleamos hasta lo increíble por impedir que junto con nuestro proyecto se inaugurara una galería de héroes, en donde pensaban acomodarlos con todo y catafalcos sin considerar los problemas que ello acarrearía. Finalmente ganamos.

En todo momento estuvimos seguros de que deseábamos expresar e ilustrar procesos y no ensalzar figuras o deificar personajes o sacralizar hechos. Pero cómo hacerlo, cómo



evitar caer en los viejos patrones de vitrinas en fila india, con cédulas que nadie lee, letreros de "no tocar", "no asomarse", "no presionar", "no, no, no...", cuando lo que deseábamos era provocar una actitud dinámica y lograr que el público futuro fuese nada más ni nada menos, cómplice de la historia.

El resultado es este esfuerzo colectivo, que recoge, en un espacio ciertamente limitado, un largo proceso que va de 1867 a 1917. No fue fácil, como podrán suponerse, imponer criterios de periodización, e incluso en la definición de los temas. Quisimos insistir en que la Revolución siguió un cauce natural a nuestra historia decimonónica, buscando los vínculos entre la República triunfante y el liberalismo pleno que permitió a Porfirio Díaz mantenerse en el poder por más de treinta años.

Deseábamos también insistir en las etapas varias del proceso libertario y el combate por la democracia como factores determinantes de los primeros años de la lucha civil, así como enfatizar la importancia que tuvo la lucha popular en la conformación de una nueva mentalidad y en la toma de conciencia colectiva.

Partimos de un ensayo general, que fue una primera exposición temporal, bajo el rubro de *1910 en la memoria de México*. Precisamente por ser el año del centenario de la independencia, el año del inicio de la violencia, era fundamental describir lo que fueron la cotidianidad y los festejos. Las rutinas y las rupturas. En aquella exposición, como en la exhibición definitiva que da cuerpo a este museo, de lo que se trataba era de buscar una íntima comunicación entre el visitante y la historia, generando un vínculo definitivo con los protagonistas de las múltiples historias pasadas y presentes que conforman la Historia, con mayúscula. Este fue el discurso que cimentó nuestro museo.

Creo que, como toda acción de grupo, este Museo es superable y debe ser enriquecido en sus colecciones y en su exhibición misma. Alguna vez, abusando de mi visión femenina, comenté que el "parto museístico", sólo tendría resultados fecundos si se le alimentaba y nutría incansablemente. También reconozco que la responsabilidad de los historiadores que asumimos aquel desafío no termina nunca, y estaremos siempre ligados al proceso interno, íntimo de sustentación teórica del Museo.

Si los análisis y las visiones múltiples de la Revolución han superado viejos lastres y viejos esquemas, sin lugar a duda, éstos deben reflejarse en el espacio museístico, que no puede ser otra cosa que un ámbito de reflexión y de toma de conciencia colectivas.

Casi me atrevo a sentenciar que de lo que se trató entonces, de lo que se trata ahora, es de democratizar y desacralizar la historia. Y qué mejor oportunidad que empezar por el pasado que nos es más próximo.



Finalmente, creo, es ésta la única forma de asumir nuestro quehacer como un compromiso social. Por ello, antecede a este espacio un breve texto que reza así:

*Un largo bregar, un esfuerzo común, un proyecto siempre dinámico de nación democrática con justicia social, son hitos de nuestra memoria histórica.*

*Aquí se recorren cincuenta años de este empeño de ser, de renovar día con día el compromiso de los mexicanos de ayer y de hoy; cincuenta años de andar cotidiano, desde que Benito Juárez reafirmó en 1867 la soberanía de la República triunfante ante el invasor, hasta 1917 en que una nueva Constitución recoge, rescata y salvaguarda demandas y reivindicaciones populares de quienes lucharon con energía, coraje y decisión, en la primera gran revolución social del siglo XX, la nuestra.*

*Hombres y mujeres, campesinos y obreros, son protagonistas de este capítulo de la historia mexicana, motivo de reflexión para las nuevas generaciones en su batallar por el cambio hacia un futuro más justo.*

Seis años después, días más días menos, enlazando la historia y la acción, continúo avalando esta visión de nuestra historia, y creyendo que es en la búsqueda de un futuro más justo en donde radica el verdadero sentido y la razón del trabajo histórico.